

Sala 1

El Camino de Santiago y la mitología religiosa supusieron una fuente de reflexión para el pintor Alfonso Sucasas; los temas elegidos fueron tratados con mayor intensidad y reflejados en buena parte de las obras creadas entre 1992 y 1993, desarrollados en pinturas, dibujos y bosquejos que veremos en esta exposición. Se trata de una colección de 56 piezas que muestran el grado de implicación del artista en la historia de la Ruta Jacobea. La serie sitúa, en un mismo plano, leyendas y crónicas que se refieren al bien, al mal, a milagros y a pasajes relativos al alma humana, a lo sobrenatural. El artista rescata figuras simbólicas y las localiza en un contexto contemporáneo, dotándolas de una iconografía propia, al tiempo que las incorpora a su universo creativo.

Para Sucasas, el escenario de su obra es el de la geografía de la comarca del Deza, paraíso que le da cobertura habitual a los personajes creados. Estos son representados en base a trazos fuertes, concisos, y en esa misma línea identificadora construye los paisajes, los bosques, o bien expone fragmentos de árboles, completados con los colores propios: verdes, marrones, rojos, filtrados por una delicada nebulosa. En su ideario plástico, esa vertiente que le da protagonismo al paisaje del Camino bien puede responder a sus preocupaciones alrededor de la conservación del mismo y a su dignificación como espacio natural.

Alfonso Sucasas (San Miguel de Goiás, Lalín, 1940 - Ferreirós, Vila de Cruces, 2012) se inicia como pintor en la década de los cincuenta en Lalín bajo el aprendizaje del profesor Carloandré López del Río. En Madrid continúa su formación al lado de Manuel Gutiérrez Navas, descubre la obra del Greco y se sorprende de la vigencia de su pintura. En 1958 decide marchar a Venezuela. Allí se integra en los ambientes artísticos de Caracas y participa en el Taller de Arte Libre; en ese contexto conoce a David Alfaro Siqueiros.

Tras dos años de estancia regresa temporalmente a Galicia y unos meses más tarde elige un nuevo destino: Brasil. En São Paulo se acerca al arte que se está produciendo en los circuitos de vanguardia; se interesa por la pintura de Tarsila del Amaral y Cândido Portinari; le impresiona el alma popular e indigenista que subyace en las obras de aquellos artistas que buscaban plasmar una identidad americana, sin renunciar al arte europeo. Alterna la creación de su obra pictórica con el diseño para empresas de publicidad y lleva a cabo escenografías para el teatro de Laureano Mántaras. En 1968 decide regresar a Galicia convencido de su pertenencia a la cultura europea y, con un lenguaje asentado, le da prioridad a la recreación del ser humano representado por una pintura que busca la sobriedad en el color y sobrepuesto a las líneas fuertes de un dibujo de especial esencia. En la nueva etapa incorpora aquellos temas relacionados con las gentes populares y el paisaje de su

tierra. Su particular modo de hacer le aporta una clara renovación al panorama plástico peninsular en aquellos primeros años de la década de los setenta.

